

ct

# El mentiroso

de  
Xavier Puchades

*(fragmento)*

*Espacio vacío. Únicamente, una lámpara de techo ilumina una mesa no muy grande. Dos sillas frente a frente, en una de ellas está sentado El Mentiroso, un hombre bien vestido de entre cuarenta y cincuenta años. Este observa un cubilete de dados que hay sobre la mesa y lanza miradas furtivas, cada vez más impaciente, hacia la silla vacía.*

*Al fondo, un retrato de El Mentiroso se irá iluminando progresivamente. En ese retrato, El Mentiroso es un anciano.*

## MENTIROSO

¿Piensas lanzar los dados hoy o mañana?

¿Ya no tienes fuerza ni para levantar el cubilete y lanzarlos...?

Estás oxidado... *(Ríe)*.

No pasa nada, comienzo yo. *(Mientras coge el cubilete)*.

¿Cuándo fue la última vez que jugamos al mentiroso?

¿Te acuerdas?

*(Pausa)*

¿Y de la primera?

De esa partida no te has olvidado nunca, ¿eh? *(Sonríe cómplice, lanza los dados y los mira sin mostrarlos)*.

Y eso que yo no sabía jugar, pero tú me enseñaste.

*(Rápido)* “Tienes que decir mentiras que tu oponente debe creer, o decir verdades que tu oponente crea que no lo son. Si tu oponente se cree tu mentira, tendrá que conseguir engañarte después con una mentira mayor. Si tu oponente no se cree tu verdad, perderá”.

*(Pausa)*

¿Tú crees que esta es manera de explicar las reglas de un juego a un crío?

Solo tenía cinco años y te miraba atentamente a los ojos. ¿Te acuerdas?

Y tú apartabas la mirada *(Acerca el cubilete al oponente)*, como ahora.

¿Todavía te pone nervioso que te miren a los ojos?

Dios mío, ¡estás temblando!

*(Invitándolo a jugar)* Tranquilo, hombre. Solo es un juego.

Pero ve con cuidado, ¿eh?

Porque con solo cinco años te gané la primera partida.

Y, después, te gané siempre, te las gané todas, padre.

Sí, sí... Todas.

Y eso que querías enseñarme a perder.

Pensabas que era importante para la vida.

“Tienes que aprender a perder”, me decías.

“Es necesario saber perder”, repetías.

“¡No se puede ganar siempre, hostia!”, cuando ya perdías una partida tras otra.

Entonces, intenté dejarme ganar.

Pero te diste cuenta, ¡y me lanzaste el cubilete *(lo levanta y descubre la jugada sin querer)* y los dados a la cara!

*(Se da cuenta de lo que acaba de hacer)*. Perdona. *(Recoge los dados con el cubilete como si no*

*hubiese pasado nada y los lanza de nuevo*). No pasa nada, tiro otra vez...  
(*Mira los dados sin mostrarlos*). Después de aquel día, este hombre que veis aquí, dejó de hablarme.

En serio.

Vuestro amigo no me habla desde que tenía cinco años.

(*Al público*). Y no ha aprendido a perder nunca.

Me llamaba una vez al año, solo para jugar una partida al mentiroso.

Me decía lugar y hora, como en un duelo.

Solo me llamaba para eso.

Para jugar una partida que no ganó nunca.

(*Al padre*).

Pero no es culpa tuya. Es suerte, mía.

Eso sí, con el mentiroso, me enseñaste a tomar decisiones, constantemente y bajo presión. (*Le pasa el cubilete*).

Me diste una gran lección.

Me enseñaste a ganarme la vida.

(*Para sí mismo*) Solo los perdedores pueden enseñar estas cosas...

*Silencio.*

(*Amistoso*). Hacía tiempo que no jugábamos...

¿Por qué dejaste de llamarme?

Al menos, antes nos veíamos una vez al año.

No hablábamos, pero nos veíamos. ¿Te acuerdas?

*Silencio. El padre continúa sin hablar.*

(*Para sí mismo*). ¿Por qué llega una edad en la que solo recordamos cosas del pasado, si en la vida, a partir de los cinco o seis años, todo comienza a ir mal?

*Silencio. El Mentiroso observa a su padre sin perder la paciencia.*

Puedes hablar mientras jugamos, padre.

Nunca lo haces. Y es bueno.

Yo también estoy ahora viejo y oxidado, aprovecha.

Quizás sea tu silencio el que te hace perder.

Se miente mejor con las palabras.

Háblame.

*Silencio.*

No piensas decir nada, ¿verdad? Muy bien, no digas nada.

(*Continúa jugando: coge el cubilete y lanza los dados*).

Por cierto, ¿cuánto hace que no nos veíamos?

Deja que te mire a los ojos... ¿No? Vale, vale...

Mientras jugamos, te pondré al día.

Por si también te has olvidado de todo lo que te expliqué la última vez.

Hay cosas que no sabes. Hay novedades.

Mira...

*(Saca del bolsillo interno de la chaqueta un papel. Aparta el cubilete y despliega el papel, se lo muestra al padre).*

Es mi currículum, todo lo que he hecho en los últimos años.

Ya ves, tú que decías que no llegaría a ser alguien en la vida.

Bueno, me lo decía mamá, me decía que lo decías, porque tú no...

También me decía que pensabas que os habíais sacrificado para nada.

Muy poco original, ¿todavía lo piensas?

*(Recoge el papel y se lo guarda de nuevo en la chaqueta).*

¿Sabes? Nunca he necesitado un papelito de estos para encontrar trabajo.

Mi currículum se resume en una frase.

Solo en una: "Puedo esconder mi estado de ánimo".

Algo fundamental para sobrevivir.

Esconder el estado de ánimo.

También para ganar al mentiroso. *(Arrastrando de nuevo el cubilete).*

¿Lo sabías?

*(Pausa. Lanza de nuevo los dados y pasa el cubilete al padre sin mirar la jugada).*

Es complicado sobrevivir, ¿verdad?

¿Cómo has podido sobrevivir tanto tiempo? Eres un misterio.

Explicame cómo pudiste sobrevivir tanto tiempo sin saber esconder tu estado de ánimo...

*(A punto de perder la paciencia)* ¡Y no tiembles tanto, haz el favor, das miedo!

*Se levanta de golpe. Mientras camina, se dirige al público como si estuviese dictando una clase magistral.*

El mundo se divide entre los que callan y los que no dejan de hablar.

Y el mundo lo controlan los que hablan.

Cada palabra es una apuesta que puede ser una verdad o una mentira.

El peligro de no dejar de hablar es que con cada palabra que se dice es más fácil que sea una mentira.

Mientras hablas y nadie descubre que mientes, todo va bien.

Quien calla *(Al padre)*, deja hacer y... pierde.

*(Al público)*. Es más fácil hacer creíble una mentira que una verdad.

Quizás por eso, acabé convertido en político.

Como mi padre.

*(Al padre)* Querías cambiar el mundo y, al final, me tuve que encargar yo.

Tendrías que haberme escuchado en los mítines, pero en directo.

Ver todos esos viejos pelearse por un zumo de fruta y una magdalena.

Eran mítines-merienda, a veces, incluso, invitábamos a algún cantante famoso.

¡Pero yo era la estrella!

Decía palabras que he acabado creyendo que eran verdad.

He robado a tantas palabras su sentido original que he acabado sin saber lo que decía.

Y ahora ya no puedo echar marcha atrás...

*El Mentiroso se gira y se encuentra, frente a frente, con su retrato envejecido que ya está bastante iluminado. Se observan en silencio.*